

norte, para abrazar en su recinto los dos lugares que forman su ignominia y su gloria, ¡el del suplicio del Justo, y el de la Resurreccion del Hombre-Dios!

¡He aquí á la ciudad, vista desde la cumbre del monte de los Olivos! No tiene horizonte detras, ni al occidente ni al norte. La línea de sus murallas y torres, las agujas de sus numerosos minarettes, los cintros de sus cúpulas espléndidas, se dibujan sobre el azul de un cielo de Oriente; y la ciudad levantada y presentada así sobre su vasta y alta meseta, parece brillar aun con todo el esplendor antiguo de sus profecías, ó esperar una sola palabra para salir con esplendor de sus diez y siete ruinas sucesivas, y convertirse en *la nueva Jerusalem, que sale refulgente del seno del desierto.*

Es la vision mas espléndida que pueda presentar una ciudad que no existe, pues aunque parece existir y resplandecer como una ciudad llena de juventud y de vida sin embargo, al examinarla mas atentamente, se percibe que solo es una vision bella de la ciudad de David y de Salomon. Ningun rumor se eleva de sus plazas y calles; no hay caminos que conduzcan á sus puertas del Oriente ó del Occidente, del Septentrion ó del Sur. Todo el dia estuvimos sentados frente á las puertas principales de Jerusalem; dimos vuelta á sus muros, pasando delante de todas las otras puertas de la ciudad. Nadie entraba, nadie salia por ellas: ni siquiera un mendigo estaba sentado en sus poyos, ni en el umbral se veía un centinela: nada vimos, nada oimos. ¡Durante las doce horas del dia, reinó en la

entrada de una ciudad de treinta mil almas la soledad y el silencio que nos afectarían al pasar ante las desenterradas puertas de Pompeya ó de Herculano!

A la izquierda de la plataforma del templo y de los muros de Jerusalem, la colina que sostiene á la ciudad, se baja repentinamente, se ensancha, se desarrolla á la vista en pendientes suaves, sostenidas aquí y allí por algunos terrados de piedras sueltas. En la cumbre de esa colina, á algunos centenares de pasos de Jerusalem, se hallan una mezquita y un grupo de edificios turcos, bastante parecidos á un lugarejo de Europa, coronado con su iglesia y su campanario. ¡Es Sion! ¡Es el palacio, y el sepulcro de David! ¡Es el lugar de sus inspiraciones y delicias, de su vida y de su descanso! Lugar doblemente sagrado para mí, puesto que ese cantor divino ha enternecido tantas veces mi corazon y arrebatado mi alma. ¡Es el primero de los poetas sentimentales; es el rey de los líricos! ¡Jamás la fibra humana ha resonado con ecos tan íntimos, penetrantes y graves; jamás el pensamiento del poeta se ha dirigido á tanta altura, ni se ha espresado con igual exactitud y energía; jamás el alma humana se ha esparsido ante el hombre y ante Dios en espresiones y afectos tan tiernos, tan simpáticos, tan irresistibles! Todos los gemidos mas ocultos del corazon humano han hallado sus voces y sus notas en los labios y en el harpa de ese hombre; y si subimos á la época remota en que resonaban tales cánticos sobre la tierra, si consideramos que entónces la poesía lírica de las na-

ciones mas civilizadas solo cantaba el vino, el amor, la sangre y las victorias de las Musas y de los caballos en los juegos de la Elide, nos afectan con mayor asombro los acentos místicos del rey-profeta, que habla á Dios como un amigo á su amigo, que comprende y alaba sus maravillas, admira sus justicias, implora sus misericordias, y parece un eco anticipado de la poesía evangélica, repitiendo las dulces palabras de Jesucristo, ántes de haberlas escuchado. Profeta ó no, segun le considere el impio ó el cristiano, ninguno de los dos podrá negar al poeta-rey una inspiracion que ningun otro mortal ha recibido. ¡Leed á Horacio ó á Pindaro despues de un salmo! Confieso que me es imposible.

Yo, humilde poeta de un tiempo de decadencia y de silencio, si hubiera vivido en Jerusalem, habria escogido el lugar de mi morada y la piedra de mi descanso precisamente donde David escogió el suyo, en Sion. Aquella es la vista mas hermosa de la Judea, de la Palestina y de la Galilea. A la izquierda está Jerusalem, sobre cuyos edificios podian espaciarse sin ser vistos, los ojos del rey ó del poeta. Delante se estendian jardines fértiles, que bajando en declive suavísimo, podian conducirle hasta el fondo del lecho del torrente, cuya espuma y voz tanto le agradaban. Mas abajo se abre y se estiende el valle; y las higueras, los granados y los olivos lo cubren con su sombra. En algunos de estos peñascos suspendidos sobre el agua corriente, en alguna de esas grutas sonoras, refrescadas

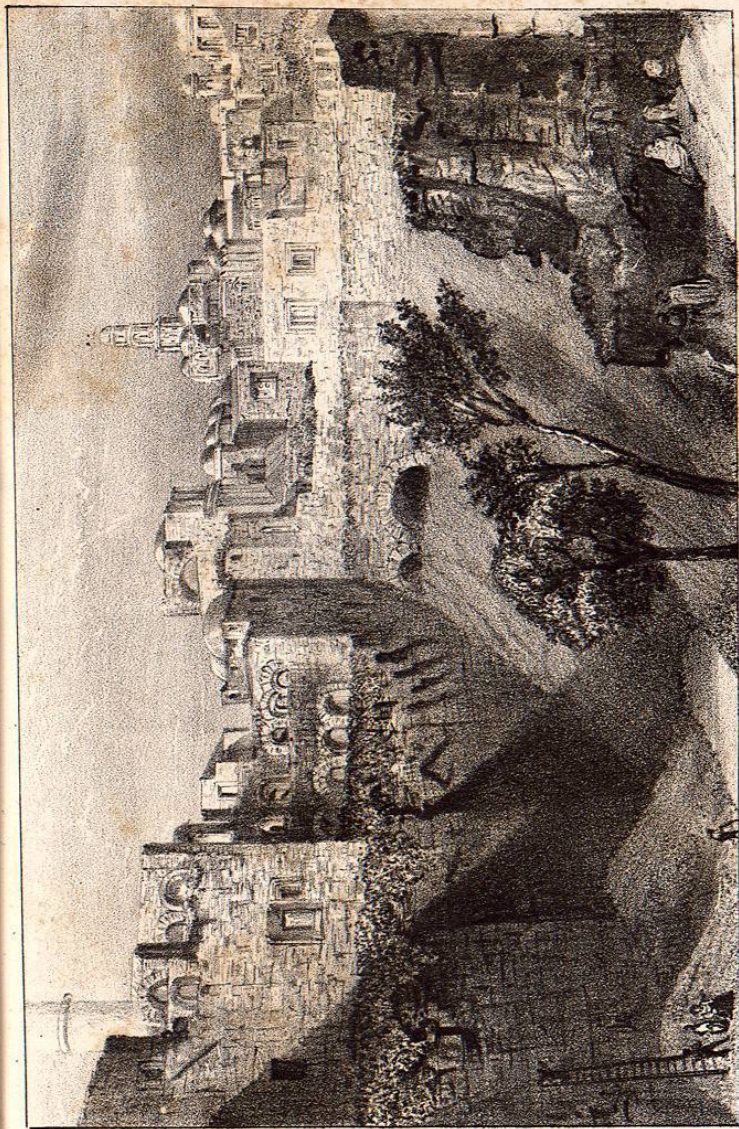
por el aliento y el murmullo de las aguas, á los piés de algunos terebintos, abuelos del terebinto que me cubre, venia sin duda el poeta sagrado á esperar el soplo que le inspiraba tan melodiosamente. ¡Que no pueda yo encontrarlo en el mismo sitio, para cantar las tristezas de mi corazon y las de todos los hombres, en este siglo inquieto, como él cantaba sus esperanzas en un siglo de juventud y de fé! Pero ya no hay canto en el corazon del hombre, porque la desesperacion no canta. Y miéntras no baje un nuevo rayo de luz sobre la humanidad tenebrosa de nuestros tiempos, las liras permanecerán mudas, y el hombre pasará silencioso entre dos abismos de duda, ¡sin haber amado, orado ni cantado!--Pero vuelvo al palacio de David. Desde él podia hundirse la vista en la barranca de Josafat, verde y regada en aquel tiempo; una grande abertura en las colinas de Oriente, conduce de declive en declive, de cima en cima, de ondulation en ondulation, hasta el estanque del mar Muerto, que á larga distancia refleja los rayos vespertinos en sus aguas graves y espesas, como un espejo grueso de Venecia, que da un color débil y aplomado á la luz que repercute. No es lo que se figura la fantasía, un lago tremendo en un horizonte triste y sin color. Desde aquí es uno de los lagos mas bellos de Suíza ó de Italia, que deja dormir sus aguas tranquilas en la sombra de las altas montañas de Arabia, que se estienden tras ellas como Alpes, hasta perderse de vista, y entre las cimas pendientes, piramidales, cónicas, ligeras,

dentelladas y refulgentes de las últimas montañas de Judea. Tal es la vista de Sion.--Pasemos adelante.

En el paisaje de Jerusalem hay otra escena que me querría grabar en la memoria; pero no tengo pincel ni colores. ¡Es el valle de Josafat! Valle célebre en las tradiciones de tres religiones diversas, en el que los judíos, los cristianos y los mahometanos ponen acordes la escena terrible del juicio supremo. Valle que ha visto ya en sus bordes la mayor escena del drama evangélico; ¡las lágrimas, los gemidos y la muerte del Salvador! ¡Valle por el que han pasado en sucesión todos los profetas, lanzando un grito de tristeza y horror, que parece resonar en él todavía! ¡Valle que debe oír un día el gran estruendo del torrente de almas rodando ante Dios, y presentándose á su juicio formidable!

Todos los viajeros y todos los escritores, exceptuando solo á Lamartine cuya imaginación es tan poética y cuyo corazón tan indulgente, de manera, que siempre el hombre y la naturaleza se le presentan bajo el más hermoso aspecto, están acordes en llamar á Jerusalem lugar de desolación. Piedras, arena, cenizas y algunos arbustos espinosos; he aquí lo que los antiguos y modernos han visto en ella.

Las calles de Jerusalem son regulares, rectas, bien empedradas, algunas veces con andenes; pero tristes, estrechas, y casi todas ofrecen un plano inclinado. Las casas por lo regular son de dos ó tres pisos, con muy pocas ventanas; tienen muy bajas las puertas, lisas



Vista de Jerusalem tomada por la puerta de S. Estevan. Lugar llamado por tradición Piscina de Betsaida.

las fachadas, y están construidas simplemente con piedras sin el menor ornato, de manera que cuando recorre uno las calles cree internarse en los corredores ó galerías de una cárcel inmensa; en una palabra, se reconoce ser cierta la pintura que de la Ciudad Santa nos ha dejado Jeremías. ¡Qué contraste con las calles de la Meca tan bien adornadas y tan alegres! Pero la reina de las naciones es hoy día una viuda, como dice la Escritura.

Al propio tiempo fuerza es conocer como esta ciudad lleva un carácter de desolacion enteramente peculiar, que en vano se buscaria en la soledad de las demas ciudades arruinadas.

Al hablar Michaud de la primavera en Jerusalem, dice: en esta ciudad, como en nuestra primavera de Europa, no se ven bosques floridos, prados y riachuelos que murmuran en medio de la verde yerba, no se oye á los ruiseñores entonar el armonioso himno de la aurora del año; solo algunas tórtolas suspiran sobre las palmeras de la casa de Caifas y sobre los altos árboles cercanos á la puerta de Sion. . . . La primavera de Jerusalem no tiene nada de alegre.

El aspecto general de los alrededores de Jerusalem, puede describirse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, peñascos sin terror, sin grandiosidad; algunos pedruscos pardos, y de trecho en trecho alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan débil sombra sobre los flancos escarpados de la colina; las murallas y las torres

pardas de las fortificaciones de la ciudad, apareciendo á lo léjos sobre las cumbres de Sion: tal es el aspecto que ofrece la tierra. El cielo se presenta puro y profundo, sin que jamas por la mañana ni por la tarde tomen las nubes un color de púrpura. Por la parte de la Arabia, vese una especie de abismo que descien- de de entre montañas negras, y abre paso á las miradas hasta descubrir el mar Muerto y las cumbres de las montañas de Moab. Ni un soplo del viento mur- mura entre las almenas ó las secas ramas de los olivos; ningun pájaro que haga oír sus trinos en los caminos ni en los campos. . . . Tal es Jerusalem.

A pesar del brillante colorido derramado por Lamartine sobre las ruinas consagradas por la religion, y á pesar de que haya dorado con los rayos del sol esas montañas y campos estériles para darles alguna dignidad, el silencio y la soledad de la poblacion, esas altas murallas desiertas, esas puertas por las cuales apenas entra nadie, esos viejos árboles que vegetan á duras penas, todo presenta un conjunto melancólico; pero al mismo tiempo se reconoce que nada es mas propio para abrir campo á profundas y religiosas reflexiones.

Pero cuando uno está en lo interior, dice otro via- gero sexagenario, esa pariencia de grandiosidad que á lo léjos se nos ofrece, esa ilusion que produce por un momento el imponente aspecto de las cúpulas, de las mezquitas y de los minaretos que dominan los restan- tes edificios, todo se desvanece, y Jerusalem no pare-

ce mas de lo que es en realidad, una ciudad de escom- bros y de ruinas. Sus casas cuadradas, por lo regu- lar pequeñas, bajas y sin ventanas por la parte inte- rior, cubiertas de un techo llano á manera de azotea, encima del cual se eleva alguna vez una pequeña ro- tunda, se parecen, mas que á una habitacion, á un conjunto de piedras amontonadas para construirla, y hacen en verdad el mas triste efecto.

Cuando el espectador está colocado sobre el monte Olivete, si entra en consideraciones puramente religio- sas, no puede ménos de recordar con terror que aquel es el sitio donde Jesucristo, sentado á vista del templo, habló á sus discípulos de las espantosas señales que de- bían preceder á la destruccion de este edificio sagra- do; donde echó los ojos sobre esa ciudad desgraciada y lloró por las calamidades que la amenazaban: segu- ramente que no podia elegirse sitio mas imponente pa- ra lanzar contra Jerusalem el anatema.

Despues de haber mirado á vista de pájaro el inte- rior de una ciudad que á ninguna otra se parece bajo el aspecto político y religioso, no será inútil y sin in- teres ver el conjunto que presentan las murallas que la rodean. No vamos á juzgar de una plaza fuerte: solo nos toca ver una especie de campo fortificado desde mu- chos siglos, en medio de una llanura estéril; una bar- rera opuesta á la rapacidad de los árabes del desierto; sobre todo es curiosísimo pensar que á corta diferen- cia tenemos delante la misma línea de murallas que ba- jo formas diversas, con principios de diferente archi-

ectura, y en épocas bien distantes, ha visto tantos enemigos, recibido tantos ataques, y que á pesar del transcurso del tiempo, guarda todavía tesoros inestimables á los ojos de los cristianos. Los turcos conservan regularmente esas fortificaciones para llamarse dueños de Jerusalem, recoger algunos miserables tributos y vendimiar á los que van á visitar sus ruinas.

El recinto actual de Jerusalem, que comprende el espacio de una legua, es casi cuadrado. Pero las murallas no ofrecen una línea perfectamente recta mas que por la parte de Oriente, pues sus demas fachadas son irregulares. Su altura es de unos ciento veinte piés sobre treinta de ancho, con torres cuadradas de trecho en trecho, y siete puertas principales. La de la *Bien-Amada* conduce á Belen; las demas llevan el nombre del *Profeta David*, la *Puerta Dorada*, hoy dia amurallada, la de la *Santa Virgen*, la de la *Aurora*, la de *Damasco* y la de los *Berberiscos*. Al occidente se descubre un castillo con algunas torres rodeadas de un foso, ó por mejor decir, de una profunda zanja donde de distancia en distancia se descubren las piedras que sostuvieron la antigua morada de Herodes: lleva el nombre de castillo de los Pisanos. Es sabido que estos se distinguieron mucho en la época de las Cruzadas. Hoy dia sirve de cuartel para el Agá y sus tropas. Al norte se prolonga la muralla hasta el valle de Josafat.

Puerta de San Esteban.--Esta puerta que cae al oriente del monte Olivete, lleva tambien el nombre de puerta de la Santa Virgen, porque á la vez presenció el mar-

tirio de San Esteban, y porque por ella pasó el cuerpo de la Santa Virgen cuando la conducian al sepulcro; seguramente no dirá nada al viagero incrédulo, pues solo se verá en ella una construccion mas ó ménos elegante y sólida: pero el peregrino, animado de un sentimiento religioso, y anhelando conocer todo cuanto pueda consolarle y reanimarle, recordará al momento las menores circunstancias de la muerte de San Esteban.

Si la antigüedad pagana pudiese ofrecernos en alguna de sus ciudades un monumento que recordase semejante espectáculo, con placer se alejaria uno del camino que tenia trazado para recordar la muerte injusta de un hombre que perdonaba á sus mismos verdugos, ó para fijar los ojos en un bajo relieve ó en alguna pintura que eternizase semejante hecho. Pero en Jerusalem, se agolpan los recuerdos; no es preciso ir á buscarlos, sino que ellos mismos se presentan, y por poco capaz de recogimiento que sea el alma de un peregrino, podrá meditar por mucho tiempo, siempre delante de objetos nuevos.

El cuerpo de San Esteban fué recogido por su discípulo Gamaliel, quien le hizo depositar en un lugar que le pertenecia, situado á seis ó siete leguas de Jerusalem. Esta reliquia permaneció allí hasta el año de 415, que es cuando fué encontrada por revelacion divina y trasladada por el obispo de Jerusalem á la iglesia de Sion, de donde fué transportada á Constantinopla y enviada posteriormente á Roma.

• Otra celebridad de esta puerta de Jerusalem, es que

el ejército de los cruzados, mandado por el valiente y piadoso Godofredo, penetró por ella en la ciudad un viernes, á las tres de la tarde, el mismo día y hora en que habia espirado mil años ántes Jesucristo.

Ademas, recomiéndala á los recuerdos del viagero el que junto á esta puerta se encontraba la piscina de Betzaida donde se efectuó la cura milagrosa de un paralítico, cuya enfermedad databa de treinta y ocho años.

Junto á la puerta de San Esteban se descubre el cementerio de los turcos. Un viagero inglés, colocado á la opuesta parte del valle, fué desde allí testigo de una ceremonia fúnebre. El cuerpo del difunto, despues de haber sido paseado alrededor de la mezquita de Omar, fué conducido al parage donde debia ser enterrado. Los bordes de la huesa estaban cubiertos de tierra colorada ó tierra de Damasco, la misma que segun creen los turcos usó Dios para la formacion del primer hombre: colocóse un palo junto al cadáver, y en seguida el iman le dijo: „El diablo te tentará para que te hagas cristiano; pero tú debes hacer buen uso de tu palo; esta prueba durará tres días, despues de los cuales entrarás en la casa de la gloria.” Mahoma y sus sectarios han corrompido tambien con esta ceremonia los consuelos mas sublimes de la religion verdadera, pues esta lucha del turco con el diablo es una imágen degenerada del cristiano mismo que combate á la hora de la muerte con el ángel de las tinieblas.

Por último, si la puerta de San Esteban conducia al sepulcro de la Santa Virgen, como opinan muchos au-

tores, ¡cuánto no aumenta su interes esta sola suposicion! El nombre solo de la Virgen es para el cristiano lo mas mágico que tiene la religion, y le parece que emanan de él los mas inefables consuelos.

La tradicion nos dice que la Santa Virgen despues de los dolores agudos que habia padecido, pasó los últimos años de su vida con los apóstoles, principalmente con San Juan, iniciada en todas sus buenas obras, compartiendo sus desgracias, ocultando sus virtudes y dolor á los ojos de los judíos, y sufriendo con paciencia, animada por la esperanza cierta de un mejor porvenir. Creese que vivió hasta la edad de sesenta y dos años, y que no sufrió la enfermedad y corrupcion de la muerte como los demas mortales, sino que semejante á su Hijo salió gloriosa de su sepulcro dejando en él su manto virginal, sencillo y pobre trage de esa reina de la gloria que los ángeles habian subido al cielo; así como algunas flores, tierno emblema de su inocencia y de su pureza.

Casi en lo mas hondo del torrente de Cedron deberá el viagero bajar á una gruta por una hermosa escalera, á mitad de la cual se encuentran á la derecha los sepulcros de San Joaquin y de Santa Ana, y á la izquierda el de San José. En el fondo de la escalera, á mano derecha, se entra en una iglesia encomendada á sacerdotes griegos, cuyo *Sancta Sanctorum* contiene el sepulcro de la Virgen. Sobre cada sepulcro hay un altar, pero sin el menor ornato. Estas no son mas que piadosas presunciones; tal vez esas piedras no han re-